

Palo a palo, la hembra construía con ayuda del macho el nido donde verían cumplida su felicidad. La madre natura había impuesto y ellos obedecían. Llegada la hora, en caso de que sus pequeños fuesen temerosos, de forma cariñosa abrirían sus alas e invitarían a sus retoños a emprender una nueva aventura, la aventura de la vida.

Apenas abrió el cajón, sintió un fuerte olor a naftalina, escarbó docenas de trapos, revolvió puntillas y desdobló la mantelería del ajuar. Cargadas de almidón, las sábanas de hilo eran las que le hacían ralentizar su cometido.

Escasos ocho minutos de las seis de la tarde, sonaban las campanas del reloj de la iglesia y comenzaba a oscurecer. El plástico blanquecino de la fila de farolas de la calle se teñía anaranjado y conforme adquirían fuego las bombillas, se iba aclarando. Marcaba la hora de ordenar todo y apertrechar el caos que ocasionó. Con las manos sobre el tirador del segundo cajón e impregnadas en el olor a telas que las madres guardan en los cajones de sus cómodas, oyó enfiar la llave en la cerradura de la puerta del porche y que daba acceso directo al pasillo donde estaba la puerta de la cocina y del baño, también la de una especie de cuarto donde se encontraba la escalera que comunicaba ambos pisos. Ese cuarto era inútil, albergaba un horrible mueble bar de color rojizo oscuro y repleto de copas que únicamente se usaban en ocasiones especiales, una mesa a juego con media docena de sillas descoladas, un sofá con respaldo y asiento de esponja y forrado con una desgastada tela amarilla con hojas azules verdascas. Se terminó de calzar las zapatillas de estar por casa que llevaba a modo de chancla y de forma silenciosa se dirigió a subir los veintidós peldaños revestidos de madera barnizada que había entre planta y planta. Su respiración era agitada y sus manos contenían el olor del delito, prefirió lavárselas en el lavamanos del pequeño aseo del piso superior.

Por muchas mañanas que pasaran, nunca perdía la dulzura con la que subía la persiana ruidosa y que negaba la entrada a los recientes estrenados rayos de sol de cada día. Removía y agitaba con esmero el montón de mantas y sábanas de franela que recubrían el pequeño cuerpo encogido en posición fetal. Asomando apenas, de entre un barullo de ropa de cama, un cuarto de la cara dibujada con marcas de sábanas y con los ojos

legañosos, con la voz entrecortada hacía saber su malestar y las pocas ganas de acudir a la escuela esa mañana.

Nunca se había planteado cambiar el orden de los factores, y como norma, justo después de fregar los cacharros y la vajilla de diario, al acabar de comer, pasaba la escoba recogiendo las diseminadas migajas de pan blanco sobre el suelo que había sembrado el cabeza de familia.

Estaba más cerca el momento en el que más gozaba y que más a gusto le hacía sentir, la unión perfecta entre cuerpo y mente, pues apenas hacía media hora que había escarbado un buen plato de cocina manchega y se daba por sentado, que por la tarde tampoco asistiría a la escuela dada la supuesta gravedad de su malestar.

Intentaba disimular y evitaba la mirada fija y directa, creyendo ocultar así las lágrimas que luchaban por no resbalar de la forma almendrada de sus ojos. Todavía no se había acostumbrado a despedirlo y verlo cargado con la maleta, en la que ganaban espacio los tuperware' a los pantalones y camisetas. Al principio se trataba de apenas cinco días y que luego se convertirían al máximo en un par de meses. Consolaba su imaginada soledad con las llamadas de teléfono casi a diario y comentaban aplicando un orden casi alemán. Se interesaba por lo que había cenado, el tiempo que hacía y recordaba que únicamente en el cuarto de estar se encontraban papá, que estaba dormido y ella comiendo pipas y viendo la tele.

Los años pasaban y todo marchaba como debiera, pero no a ojos de la persona que ansiaba el regreso de sus pequeños. En su cabeza, todavía existía la idea de que algún día todo volvería a ser como antes, y sería ella la que cuidaría y dirigiría la vida de los suyos. Después de varios diagnósticos, la única solución sería aceptar la presente situación.

Mamá pájaro debió abrir las alas, aconsejar a sus pequeños, estar feliz y orgullosa de la valía de éstos que estaban sanos y bien crecidos y darles el empuje final para que también ellos, como ella hizo en su momento, pudiesen descubrir por sí solos la belleza

de cuanto les rodeaba. La teoría era más que sabida y el nido cada vez se quedaba más pequeño, la matriarca no se decidía ha aletear con fuerza celebrando la salida del fruto de su amor.

Era físicamente imposible permanecer en el nido, eran muchos y había que obedecer las normas de la naturaleza. De pequeñas cosas se construían enormes castillos que acaban derrumbándose sobre ellos. Los pequeños habían crecido y a pesar de ser del mismo padre y de la misma madre, cada uno tenía su propia opinión, pensaban diferente sobre el mismo tema y la madre se veía constantemente angustiada.

La suave temperatura anunciaba la llegada del verano, después de la ocasional comida del domingo, rodeaban la mesa vestida con un mantel de cuadros marrones y color beis que contenía una bandeja con tazas y platos de café, una cafetera y un plato repleto de galletas de coco y dulces caseros. Conforme se iba vaciando el plato y el hule se llenaba de migas dulces, se repasaban las normas de la vida, y se manifestaba el deseo de volar. Al principio ella no entendía el porqué de sus huidas, achacaba tal evento al malestar de sus pequeños dentro de su hogar. El momento del café se alargó un par de horas mereciendo la pena, y que al final, limpiándose los ojos por debajo de las gafas, con un pañuelo de papel usado, reconoció que nada más llenaba su felicidad que ver sanos y felices a los suyos.

Llegó el momento, quizá costó un poco más de lo normal, pero con la dulzura que le caracterizaba y recordando todos los momentos felices y vividos, aleteó fuertemente, agito sus alas, enviando a sus pequeños a lo más alto, para que así pudieran divisar la inmensidad de la vida, lo que estaba por llegar y que era necesario que conocieran, así como en su día, su madre había hecho con ella. Ahora, mamá pájaro comprendió que no hay nada más hermoso que vivir en armonía con la propia naturaleza y aceptar sus normas y consejos. La felicidad de sus polluelos sería su propia felicidad.